

generación siguiente y sustituido por una nueva ley, de tan corta vida como la primera. Pero semejante acusación es injusta, y en parte, falsa. Las mudanzas de las opiniones científicas son evolución y progreso, nunca contradicción. Una ley que al principio se creyó generalmente válida, demuestra luego ser un caso especial de una normatividad más amplia o queda restringida por otra ley posteriormente descubierta; una grosera aproximación a la verdad queda sustituida por un ajuste más acabado a la misma, susceptible a su vez de mayor perfeccionamiento. En diversos sectores no se ha superado aún cierta fase de la investigación, que se limita a ir planteando hipótesis que luego han de rechazarse por insuficientes. Otros integran ya, en cambio, un nódulo firme y casi inmutable de conocimiento. Por último, se ha intentado negar radicalmente todo valor a la labor científica, alegando que por su íntimo enlace con las condiciones de nuestra propia organización sólo puede suministrarlos resultados subjetivos, mientras que la verdadera naturaleza de las cosas es exterior a nosotros y nos resulta inasequible. Pero semejante afirmación prescinde de algunos factores decisivos para la concepción de la labor científica. No tiene en cuenta que nuestra organización, o sea, nuestro aparato anímico, se ha desarrollado precisamente en su esfuerzo por descubrir el mundo exterior, debiendo haber adquirido así su estructura una cierta educación a tal fin. Se olvida que nuestro aparato anímico es por sí mismo un elemento de aquel mundo exterior que de investigarse se trata y se presta muy bien a tal investigación; que la labor de la ciencia queda plenamente circunscrita si la limitamos a mostrarnos cómo se nos debe aparecer el mundo a consecuencia de la peculiaridad de nuestra organización; que los resultados finales de la ciencia, precisamente por la forma en que son obtenidos, no se hallan condicionados solamente por nuestra organización, sino también por aquello que sobre tal organización ha actuado, y, por último, que el problema de una composición del mundo sin atención a nuestro aparato anímico perceptor es una abstracción vacía sin interés práctico ninguno.

No, nuestra ciencia no es una ilusión. En cambio, si lo sería crear que podemos obtener en otra parte cualquiera lo que ella no nos pueda dar.

## CLIV

## FETICHISMO \*

1927

EN el curso de los últimos años tuve la oportunidad de estudiar analíticamente a cierto número de hombres cuya elección de objeto estaba determinada por un fetiche. No se ha de suponer que dichas personas hubiesen acudido al análisis debido a esa particularidad, pues los adeptos del feticheismo, aunque lo reconocen como anormal, sólo raramente lo consideran como un síntoma patológico. Por lo común están muy conformes con el mismo y aun elogian las ventajas que ofrece a su satisfacción erótica. Generalmente, pues, el fetiche aparecía en mis casos como una mera comprobación accesoria.

Razones obvias me impiden publicar detalladamente las particularidades de estos casos, de modo que tampoco podré demostrar de qué manera la selección individual de los fetiches estaba condicionada en parte por circunstancias accedentes. El caso más extraordinario era el de un joven que había exaltado cierto «brillo sobre la nariz» a la categoría de fetiche. Esta singular elección pudo ser sorprendentemente explicada por el hecho de que había sido criado primero en Inglaterra, pasando luego a Alemania, donde había olvidado casi por completo su lengua materna. El fetiche, derivado de su más temprana infancia, debía describirse en inglés y no en alemán: el *Glanz auf der Nase* («brillo sobre la nariz» en alemán) era, en realidad, una «mirada sobre la nariz» (*glaunce* = «mirada» en inglés), o sea, que el fetiche era la nariz, a la cual, por otra parte, podía atribuir a su antojo ese brillo particular que los demás no alcanzaban a percibir.

La explicación analítica del sentido y el propósito del fetiche demostró ser una y la misma en todos los casos. Se reveló de manera tan inequívoca y me pareció tan categórica que estoy dispuesto a admitir su vigencia general para todos los casos de feticheismo. Sin duda despertaré decepción si anuncio ahora que considero el fetiche como un sustituto del pene, de modo que me apresuro a agregar que no es el sustituto de un pene cualquiera, sino de uno determinado y muy particular, que tuvo suma importancia en los primeros años de la niñez, pero que luego fue perdido. En otros términos: normalmente ese pene hubo de ser abandonado, pero precisamente el fetiche está destinado a preservarlo de la desaparición. Para decirlo con mayor claridad todavía: el fetiche es el sustituto del falo de la mujer (de la madre), en cuya existencia el niño pequeño creyó otrora y al cual —bien sabemos por qué— no quiere renunciar.<sup>1675</sup>

El proceso transcurrido consiste, pues, en que el niño rehúsa tomar conocimiento del hecho percibido por él de que la mujer no tiene pene. Na; eso no puede ser cierto, pues si la mujer está castrada, su propia posesión de un pene corre peligro, y contra ello se rebela esa porción de narcisismo con que la previsoramente Naturaleza ha dotado justamente a dicho órgano. En épocas posteriores de su vida, el adulto quizá experimente una similar sensación de pánico cuando

\* *Fetichismus*, en alemán el original, en *Almanach*, 1928, 17-24.

<sup>1675</sup> Ya en 1910, en mi estudio sobre *Un recuerdo infantil de Leonardo de Vinci*, mencioné esta interpretación sin fundamentarla.

cunde el clamor de que «trono y altar están en peligro», y es probable que aquél conduza también entonces a consecuencias no menos lógicas. Si no me equivoco, Laforgue diría en este caso que el niño «escotomiza» la percepción de la falta de pene en la mujer.<sup>1676</sup> Un nuevo término sólo está justificado cuando describe o resalta un hecho nuevo. Nada de esto, sin embargo, existe aquí: la pieza más antigua de nuestra terminología psicoanalítica, la palabra «represión», se refiere ya a este proceso patológico. Si en dicho concepto queremos diferenciar más agudamente el destino que sufre la *idea* de la vicisitud que sigue el *afecto*, bien podemos reservar para este último el término «represión», y en tal caso la palabra que más cuadra al destino de la idea o representación sería «denegación» o «repudiación». «Escotomización» me parece un término particularmente inapto, porque sugiere que la percepción habría sido simplemente borrada, de modo que el resultado sería el mismo que si una impresión visual cayera sobre la mancha ciega de la retina. La situación que consideramos revela, por el contrario, que la percepción se ha conservado y que se ha puesto en juego una acción sumamente energética para mantenerla repudiada (denegada). No es cierto que el niño, después de la observación que hace en la mujer, mantenga incólume la creencia en el falo femenino. La conserva, pero también la abandona; en el conflicto entre el peso de la percepción ingrata y el poderío del deseo opuesto llega a una transacción tal como sólo es posible bajo el dominio de las leyes del pensamiento inconsciente, o sea, de los procesos primarios. En el mundo de la realidad psíquica la mujer conserva, en efecto, un pene, a pesar de todo, pero este pene ya no es el mismo que era antes. Otra cosa ha venido a ocupar su plaza, ha sido declarada, en cierto modo, su sucedánea, y es ahora heredera del interés que antes había estado dedicado al pene. Este interés, empero, experimenta todavía un extraordinario reforzamiento, porque el horror a la castración se erige a sí mismo una especie de monumento al crear dicho sustituto. Como *sigma-índeleble* de la represión operada conservase también la aversión contra todo órgano genital femenino real, que no falta en ningún feticheista. Adviértase ahora qué función cumple el fetiche y qué fuerza lo mantiene: subsiste como un emblema del triunfo sobre la amenaza de castración y como salvaguardia contra ésta; además, le evita al feticheista convertirse en homosexual, pues confiere a la mujer precisamente aquel atributo que la torna aceptable como objeto sexual. En el curso de la vida ulterior, el feticheista halla aún otras ventajas en su sustituto de los genitales. Los demás no reconocen el significado del fetiche y, por consiguiente, tampoco se lo prohíben; le queda fácilmente accesible, y la gratificación sexual que le proporciona es así cómodamente alcanzada. El feticheista no halla dificultad alguna en lograr lo que otros hombres deben conquistar con arduos esfuerzos.

Probablemente ningún ser humano del sexo masculino pueda eludir el terrífico impacto de la amenaza de castración al contemplar los genitales femeninos. No atinamos a explicar por qué algunos se tornan homosexuales a consecuencia de dicha impresión, mientras que otros la rechazan, creando un fetiche, y la inmensa mayoría lo superan. Es posible que entre los múltiples factores coad-

<sup>1676</sup> Sin embargo, me refirió a mí mismo, agregando que tengo los mejores motivos para suponer que Laforgue no diría nada de eso. De acuerdo con sus propias explicaciones, «escotomización» es un término derivado de la descripción de la demencia precox, que no se originó por la aplicación de las concepciones psicoanalíticas a las psicosis y que tampoco puede ser aplicado a los procesos del desarrollo y la formación de las neurosis. En el presente contexto me he esforzado por aclarar esta incompatibilidad.

yvantes aún no hayamos reconocido aquellos que determinan los raros desencadenamientos patológicos; por lo demás, debemos darnos por satisfechos si logramos explicar qué ha sucedido, y bien podemos dejar por ahora a un lado la tarea de explicar por qué algo no ha sucedido.

Cabría esperar que los órganos y los objetos elegidos como sustitutos del falo femenino ausente fuesen aquellos que también en otras circunstancias simbolizan el pene. Es posible que así sea con frecuencia, pero éste no es, por cierto, su factor determinante. Parece más bien que el establecimiento de un fetiche se ajusta a cierto proceso que nos recuerda la abrupta detención de la memoria en las amnesias traumáticas. También en el caso del fetiche el interés se detiene, por así decirlo, en determinado punto del camino: conservase como fetiche, por ejemplo, la última impresión percibida antes de la que tuvo carácter sintético y traumático. Así, el pie o el zapato deben su preferencia —total o parcialmente— como fetiche a la circunstancia de que el niño curioso suele espiar los genitales femeninos desde abajo, desde las piernas hacia arriba. Como hace ya tiempo se presumía, la piel y el terciopelo reproducen la visión de la vellosidad pública que hubo de ser seguida por la vista del anhelado falo femenino; la ropa interior, tan frecuentemente adoptada como fetiche, reproduce el momento de desvestirse, el último en el cual la mujer podía ser considerada todavía como fallica. No pretendo afirmar, empero, que siempre sea posible establecer la determinación de cada fetiche.

Cabe recomendar el estudio del feticheismo a todos aquellos que dudan aún de la existencia del complejo de castración o que creen todavía que el horror a los genitales femeninos tendría algún otro motivo, derivándose, por ejemplo, del supuesto recuerdo del trauma del nacimiento. Para mí la explicación del feticheismo tuvo aún otro motivo de particular interés teórico.

No hace mucho descubrí, por conducto puramente especulativo, la regla de que la diferencia esencial entre neurosis y psicosis radica en que en la primera el yo, al servicio de la realidad, somete una parte del *ello*, mientras que en la psicosis se deja arrastrar por el *ello* a desprenderse de una parte de la realidad. Al poco tiempo el mismo tema me ocupó una vez más.<sup>1677</sup> Sin embargo, no tardé en hallar motivos para lamentar el haberme aventurado tanto. El análisis de dos jóvenes me reveló que ambos —uno a los dos y el otro a los diez años de edad— habían rehusado reconocer, es decir, habían «escotomizado» la muerte del padre amado, y, sin embargo, ninguno de ellos había desarrollado una psicosis. He aquí, pues, que una parte ciertamente considerable de la realidad había sido repudiada por el yo, de la misma manera en que el feticheista repudia el hecho ingrato de la castración de la mujer. Comencé asimismo a sospechar que en la infancia no son nada raros los fenómenos similares, y pensé que me había equivocado al caracterizar las neurosis y las psicosis de la manera antedicha. Quedábame, sin embargo, un expediente: podría ser que mi fórmula se confirmase únicamente en presencia de un grado más alto de diferenciación en el aparato psíquico, de modo que en el niño fuesen tolerables ciertas reacciones que inevitablemente deberían causar grave daño al adulto. Nuevas investigaciones, empero, me condujeron a otra salida de esta contradicción.

<sup>1677</sup> *Neurosis y psicosis* (1924) y *La pérdida de la realidad en la neurosis y en la psicosis* (1924).



Demostrese, en efecto, que los dos jóvenes no habían «escotomizado» la muerte del padre más de lo que el feticheista «escotomiza» la castración de la mujer. Sólo una corriente de su vida psíquica no había reconocido la muerte del padre, pero existía también otra que se percataba plenamente de ese hecho; una y otra actitud, la consistente con la realidad y la conformada al deseo, subsistían paralelamente. En uno de mis dos casos esta decisión había dado origen a una neurosis obsesiva de mediana gravedad; en todas las situaciones de su existencia fluctuaba entre dos presunciones: una, la de que su padre vivía aún e impedía su actividad; la otra, la opuesta, de que tenía derecho a considerarse como sucesor del padre muerto. Por consiguiente, puedo seguir manteniendo la suposición de que en el caso de la psicosis debe faltar efectivamente una de las dos corrientes, la concorde con la realidad.

Retornando ahora a la descripción del feticheismo, cabe agregar que existen todavía abundantes y sólidas pruebas de la doble actitud del feticheista frente a la cuestión de la castración femenina. En los casos muy estilizados, el fetiche mismo aloja en su estructura la repudiación tanto como la afirmación de la castración. Sucedia así en un hombre que había adoptado por fetiche un suspenso de esos que también pueden ser empleados como pantaloncitos de baño. Esta prenda cubría los genitales en general y ocultaba así la diferencia entre los mismos. El análisis demostró que podía significar que la mujer estaría castrada, como también que no lo estaría, y permitía aun la suposición de que también el hombre podría estar castrado, pues todas estas posibilidades eran igualmente susceptibles de ocultarse tras el suspenso, cuyo primer precursor infantil había sido la hoja de parra de una estatua. Naturalmente, un fetiche como éste, doblemente sostenido por corrientes opuestas, posee particular tenacidad. En otros casos la doble actitud se traduce por lo que el feticheista hace con su fetiche, sea en la realidad o en la fantasía. No basta destacar que el feticheista adora su fetiche; con suma frecuencia lo trata de una manera que equivale evidentemente a una castración, como ocurre en particular cuando se ha desarrollado una fuerte identificación paterna, adoptando entonces el papel del padre, pues a éste había atribuido el niño la castración de la mujer. La ternura y la hostilidad en el trato del fetiche, equivalentes a la repudiación y a la aceptación de la castración, se combinan en proporciones variables en los diferentes casos, de modo que ora la una, ora la otra puede expresarse con mayor evidencia. Desde aquí logramos cierta comprensión, aunque a distancia, de la conducta del cortador de trenzas, en el cual se ha impuesto la necesidad de ejecutar la castración repudiada. Su acción combina en sí las dos proposiciones incompatibles: la mujer conserva todavía su pene y el padre ha castrado a la mujer. Otra variante del mismo tema, que constituye al mismo tiempo un ejemplo etnopsicológico del feticheismo, la hallamos en la costumbre china de mutilar primero el pie de la mujer para adorarla luego como fetiche. Parecería que el hombre chino quisiera agradecer a la mujer por haberse sometido a la castración.

Expresemos, finalmente, que el prototipo normal de todo fetiche es el pene del hombre, tal como el prototipo normal de un órgano desvalorizado es el pequeño pene real de la mujer, el clitoris.

CLV

## EL HUMOR \*

1927 [1928]

EN mi trabajo de 1905 sobre *El chiste y su relación con lo inconsciente* sólo consideré el humor desde el punto de vista meramente económico, pues a la sazón me importaba revelar la fuente del placer que despierta el humor, y creo haber demostrado que reside en el ahorro del despliegue afectivo.

El proceso humorístico puede llevarse a cabo de doble manera: ya sea en una sola persona, que adopta ella misma la actitud humorosa, mientras el papel de la segunda se limita al de mero espectador divertido; ya entre dos personas, de las cuales una no tiene la menor parte activa en el proceso humorístico, siendo aprovechada por la segunda como objeto de su consideración humorística. Detengámonos en el más crudo de los ejemplos. Si el reo conducido un lunes a la horca exclama: «¡Linda manera de empezar la semana!», entonces él mismo despliega el humor, el proceso humorístico se agota en su persona y evidentemente le produce cierta satisfacción. A mí, al espectador sin parte ni interés, me toca en cierto modo un efecto a distancia de la producción humorística del reo; quizá de manera análoga que él perciba el beneficio placentero del humor.

Se da el segundo caso, por ejemplo, cuando un poeta o narrador nos describe con humor la conducta de personas reales o imaginarias. No es preciso que estas personas exhiban a su vez humor alguno: la actitud humorística concierne exclusivamente a quien las toma como objetos; también aquí, como en el caso precedente, el lector o auditor es mero partícipe del placer que causa el humor. Abreviando, cabe decir, pues, que la actitud humorística —cuálquiera que sea su contenido— puede dirigirse contra la propia o ajenas personas; también cabe aceptar que proporciona un beneficio placentero a quien la adopta, y un análogo placer corresponde también al espectador sin parte alguna en la trama.

Para comprender la génesis del placer humorístico lo mejor es considerar el proceso que se opera en el oyente ante quien otra persona despliega su humor. Aquél ve a ésta en una situación cuyas características le permiten anticipar que producirá las manifestaciones de algún afecto: se enojará, se lamentará, expresará dolor, susto, terror, quizá aun desesperación, y el espectador-oyente se dispone a seguirla, a evocar en sí las mismas emociones. Pero esta disposición afectiva es defraudada, pues el otro no expresa emoción alguna, sino que hace un chiste. En el oyente surge así del despliegue afectivo ahorrado el placer humorístico.

Hasta aquí todo es fácil, pero no tardamos en decimos que es el proceso desarrollado en el otro, en el «humorista», el que merece mayor atención. Sin duda, la esencia del humor consiste en que uno se ahorra los afectos que la respectiva situación hubiese provocado normalmente, eludiendo mediante un chiste la posibilidad de semejante despliegue emocional. En este sentido, el proceso del humorista debe coincidir con el del oyente, o más bien dicho, el proceso de éste debe ser una copia del que ocurre en aquél. Pero, ¿cómo logra alcanzar el

\* *Der Humor*, en alemán el original, leído por Ana Fainsbruck, 1927 y publicado en *Annuaire* 1928, 9-16. Freud en el 10.º Congreso Psicoanalítico Internacional. (Nota de J. N.)